

José Luis de Imaz 1929 - 2008: su legado a la sociología argentina

JOSÉ ENRIQUE MIGUENS

Revista Cultura Económica
Año XXVII • Nº 75 / 76
Agosto - Diciembre 2009: 134-138

Hace ya bastante tiempo que conseguimos convencer al ambiente académico católico argentino, de que no hay una sociología católica, ni una economía católica. Ya está establecido que son ciencias positivas que, con las debidas subalternaciones, tienen una cierta autonomía aunque ésta sea relativa. Pero creo que sí puede decirse que hay una manera católica de ser científico y de hacer ciencia, aún en las ciencias físico-naturales, como lo ejemplificó brillantemente Louis Pasteur.

En ese sentido, dentro de las ciencias sociales o humanas, fueron figuras señeras entre nosotros: Raúl Usandivaras en psicología, Carlos Moyano Llerena en economía y en sociología, José Luis de Imaz.

Pienso que el mejor homenaje académico que podemos ofrecerle es precisar su contribución a un modo católico de hacer sociología científica.

1. El principio de continuidad científica

Una de las características deplorables de la sociología tal como se da en la Argentina –que llama la atención de cualquier observador objetivo– es su dispersión y superficialidad en la manera de afrontar su temática. Esto repercute en una escasa concentración en los auténticos problemas sociales del país y en una falta de continuidad en el tratamiento de éstos. Debido a esta situación no tenemos una auténtica sociología argentina, y, además, los estudios que se publican importan poco en la conducción de nuestra sociedad y no influyen en las políticas de nuestros gobiernos. Para todos, son solamente una opinión más.

Este desapego de los problemas concre-

tos y el desinterés por las posibles soluciones lleva a los sociólogos a enzarzarse en inútiles discusiones sobre ideologías políticas, sobre “modelos de país” y abstracciones similares, que les impiden ver la realidad, distraen sus esfuerzos y son de escasa importancia para el mejoramiento de nuestra sociedad y el desarrollo de nuestra disciplina.

La ciencia se hace y progresa tomando en consideración los aportes de nuestros predecesores para criticarlos y mejorarlos o para adoptarlos, profundizándolos y ampliándolos, pero siempre focalizando en los problemas a resolver. Esto permite ir avanzando en el conocimiento y tanteando las posibles soluciones. Todavía sigue siendo instructiva la analogía de Guillermo de Ockham, el gran lógico del siglo XIV europeo, de que progresamos porque estamos encaramados en los hombros de nuestros predecesores, lo que nos permite –a pesar de nuestra pequeñez– ver más claro y más lejos que ellos.

Entre nosotros impera un rasgo cultural –por supuesto que con excepciones– de retaceo envidioso de los méritos científicos de los colegas y la propia convicción de que cada uno en su tema “inventó la pólvora” o, –como los definió con más gracia Pitirim Sorokin en *Fads and foibles in modern sociology*– se sienten como los “nuevos Colones” e ignoran desdenosamente las obras anteriores. Muy pocos aprecian o respetan la obra de los otros para continuarla, corregirla o mejorarla, y, si la toman en cuenta, es para demolerla o ridiculizarla. Por eso es que en los cincuenta y tres años de vigencia cultural de la sociología como ciencia positiva, a partir de la inauguración en la UBA de la Carrera de Sociología en 1957 (sin hablar de los predecesores), se

cuentan con los dedos de una mano los aportes fundamentales al conocimiento científico de nuestra realidad social. Uno de ellos es indiscutiblemente la obra de José Luis *Los que mandan*.

Contra esa falta de respeto hacia las contribuciones de los demás, contra este orgullo solipsista, que tanto ha dañado al país y a las ciencias sociales, la actitud de de Imaz de respeto a estas contribuciones y de insistencia en la continuidad es ejemplar y es el primer legado que dejó a la sociología argentina, aunque sea quizás el menos conocido.

Algunos de los que contribuyeron a la publicación que dedicó a su memoria la Revista *CRITERIO*, aludieron a esta rara virtud: María Inés Passanante habló de su “magnanimidad”, de su “generosidad personal con los demás” y Alberto Tasso criticó la “tradicción argentina en algunos campos del conocimiento [de] atender las continuidades del pensamiento” limitándose al pensamiento extranjero, “antes que al otro anterior y local”, contrastándolo con la permanente actitud de de Imaz. El propio José Luis, cuando se conmemoraron los cuarenta años de *Los que mandan* estableció este principio de continuidad: “Voy a relatar la protohistoria y la prehistoria de este trabajo por si pudiera ser útil a futuros investigadores” (de Imaz, 2004, p. 53).

Como muestra de esa permanente actitud de nuestro sociólogo, señalaré dos hechos, uno de carácter personal y otro académico. El primero ocurrió con motivo de la publicación de un libro de mi autoría de tema sociológico sobre el sistema político de Platón y las actividades antidemocráticas de su Academia (Miguens, 1994) que me había llevado nueve años de preparación y que había recibido la aprobación de uno de los más reconocidos platonistas del mundo, el Profesor Conrado Eggers Lan, otro, como de Imaz, partidario del principio de continuidad y quien por eso consiguiera formar una prestigiosa escuela de pensamiento en la Argentina. Una conocida revista católica publicó un comentario de este libro, que no era crítico –lo que hubiera sido bienvenido– sino despectivo y demoleador, que ridiculizaba el libro diciendo cosas totalmente ajenas a este, como que era “una novela ideológica” y un panfleto político “para apañar el sistema actual que lleva al poder a cantantes y deportistas”. Al ir a ver yo al director para pe-

dirle un espacio para responder a este comentario, éste ya había recibido una carta oficial de protesta de de Imaz diciendo que: “Con profundo, profundo dolor, leí la nota bibliográfica [...]. Campea en dicho comentario una suficiencia inaguantable, y unas socarronería y ensañamiento personal que exceden todos los límites”. Luego de otras consideraciones termina diciendo que: “la Iglesia es la institución que debe recuperarlo todo, la única a la que no le está permitido echar nada por la borda”; ésta es la síntesis de su permanente defensa del principio de continuidad académica.

El hecho académico que confirma esta línea constante de de Imaz es su insistente reivindicación de los aportes de la obra del gran economista y sociólogo católico argentino, el Ingeniero Alejandro Bunge, otro de los pocos que hizo escuela. En una oportunidad lo hizo en la revista más representativa del mundo académico argentino con una excelente exposición de las ideas de Bunge que son aportes fundamentales para la ciencia económica y sociológica argentinas y que no pueden dejarse de lado (de Imaz, 1974). Inclusive, bajo el subtítulo de “En nuestro medio la continuidad es docencia” critica decididamente al egocentrismo de los científicos sociales argentinos que nos lleva a la discontinuidad de la ciencia y que no germina en el desarrollo de una escuela: “En un mundo de improvisados y discontinuos, de inteligencias desaprovechadas, de ocasionales destellos de genio, de muy pocos constreñidos al trabajo sostenido, Bunge fue sin duda una gran excepción” (de Imaz, 1974, p. 549).

Pero de Imaz no se contentó con declaraciones. En 1965, con el auspicio del Comité Argentino por la Libertad de la Cultura, organizó un seminario con los mejores sociólogos de todo el país, para tomar cuenta de las investigaciones realizadas y para plantear un orden de prioridades acorde con las necesarias respuestas a los problemas del país. En su ponencia señaló, entre otras cosas, que de nuestra interacción podría verse si los sociólogos presentes constituíamos “una comunidad o no, una comunidad de trabajo basada en el hecho de que nuestras investigaciones resulten las unas indispensables para las otras, y en cierta manera constituya cada una el pilar sobre el que se asienta la otra” (de Imaz et. al.,

1966, p. 16). No podemos olvidar que estábamos en la época de una política nacional de desarrollo y, consecuentemente, de brillantez en el desarrollo de la sociología en la Argentina, que desgraciadamente se perdió.

2. El acercamiento humanista a los problemas sociales

Corren en la ciencia sociológica desde su fundación, dos modos de aproximación a las cuestiones a estudiar. Una es la que podemos denominar “positivista” que trata a su objeto de estudio materialmente como “fenómeno”, según su iniciador Auguste Comte. Este definió tajantemente el asunto en una carta a M. Papot prominente miembro del Consejo Superior de la Sociedad Positivista elegido por él: “El dogma más fundamental de la filosofía positivista es el sometimiento de todos los fenómenos a leyes generales” (Comte, Massin, 1903, p. 140). Émile Durkheim en su clásico *Las reglas del método sociológico* profundiza este camino diciendo que los fenómenos sociales deben ser tratados como cosas.

Los católicos que se dedicaban a la sociología supieron evadir tempranamente esa trampa metodológica. En la misma época en que Comte pontificaba sobre esas abstracciones sin haber hecho nunca una investigación sociológica, su coetáneo el católico Le Play publicaba sus importantes estudios sobre las condiciones de vida y la organización familiar de los trabajadores en varios lugares de Francia, basados en observaciones directas y el contacto personal con los estudiados.

Ésta es una posición alternativa a la “positivista” en la investigación social, que el prestigioso sociólogo argentino Antonio Donini, catedrático en la UCA, denominó “humanismo sociológico” (Donini, 1996) posición que mantuvo permanentemente José Luis de Imaz.

Esta posición metodológica considera al objeto de la indagación como un conjunto de acciones de personas humanas en interacción social encuadradas en contextos, estructuras y procesos, y con la obligación de realizarse enfrentando situaciones y acontecimientos (Miguens, 1953). Pero siempre teniendo en cuenta que tratamos con acciones humanas, acciones humanas con sus motivaciones, valores, anhelos y preocupaciones que, para ser

estudiadas decentemente nos exigen el contacto personal y respetuoso de los investigadores con las personas estudiadas. Ésta fue permanentemente, la posición de de Imaz en todos sus trabajos.

Aun en una ciencia social tan formalizada como la economía, rige este principio de humanización. El economista Juan Carlos de Pablo graduado en la UCA, nos dice en su importante libro sobre los economistas y sus investigaciones: “Por eso dejé deliberadamente para el final la conclusión que considero más importante. El mensaje que transmiten todos ellos es que todo comienza por ‘caminar por la calle’. Literalmente, con los ojos y los oídos bien abiertos [...]. Tenemos que volver a utilizar la inducción, conversando con la gente, graficando series estadísticas, visitando plantas industriales y explotaciones agropecuarias, etc. Puede que nos alejemos de la nitidez, pero, ciertamente, nos vamos a acercar al conocimiento, que es lo que sirve para ayudar a la acción” (de Pablo, 2008, p. 408). Para eso están las ciencias sociales, no para controlar y dominar como creían los positivistas, sino para entender y solucionar.

Por eso, el sociólogo danés Bent Flyvbjerg tituló un importante libro suyo: *Making social science matter*, que traducido literalmente se refiere a que las ciencias sociales importen, que sirvan para algo y no sean una tontería o un motivo de risa. El subtítulo lo dice todo: “Por qué la indagación social fracasa y cómo puede volver a tomar la delantera” (Flyvbjerg, 2001). Allí propone volver en las investigaciones sociales a los valores de las personas y orientarse hacia la *phronesis* de Aristóteles.

3. El realismo crítico y sensible a los problemas de la gente

El más importante aporte de de Imaz a la sociología argentina, es precisamente el que comenta Flyvbjerg, el orientarse metodológicamente hacia los problemas concretos de las personas y grupos de la sociedad en que vivimos para tratar de solucionarlos, en lugar de perdernos en devaneos ideológicos y en urdir “proyectos nacionales”, “modelos de país” y otras vaguedades similares. No me estoy refiriendo a aquella actividad de la sociología del conocimiento que los actuales sociólogos alemanes denominar *Ideengeschichte* historia

razonada de las ideas o la más reciente aún *Begriffsgeschichte* o historia de los conceptos, investigaciones que son de enorme interés para entender a nuestras sociedades y a sus culturas.

Me refiero a la frívola y evasiva actividad intelectual de los argentinos, acorde con su típica indolencia intelectual, carencia de rigor científico y de trabajo continuado y persistente, que los lleva a evadirse de los dramáticos atentados a la dignidad humana de nuestros conciudadanos, refugiándose en ideologías que dan todo por explicado y que, como dijera nuestro Cardenal Arzobispo de Buenos Aires, “destruyen la realidad”. Las ideologías ciegan, porque ocultan y destruyen la realidad de los problemas sociales. Para afrontar los problemas sociales hay que tener compasión, pero para problemas como el hambre y la miseria, hay que tener vergüenza, todo lo demás es evasión para no hacerse cargo.

Esta posición de realismo crítico y humanista, opuesta a la ideologizante y orientada hacia las soluciones operativas a los problemas de la sociedad, es denominada técnicamente por el gran epistemólogo Jean Piaget “pensamiento social operatorio”, que en las ciencias sociales “subordina la objetividad perseguida por el pensamiento científico a una condición previa y necesaria, que es la descentración de los conceptos con respecto a las ideologías superestructurales y su puesta en relación con las acciones concretas sobre las que reposa la vida social” (Piaget, 1977, p. 78).

Esta falta de rigor científico, de trabajo continuado y de preocupación por entender la realidad social que nos envuelve, irritaba profundamente a nuestro colega. En sus elogios a Bunge hay un alto grado de identificación (de la cual de Imaz se da cuenta y nos aclara): “Para este esbozo sobre Bunge, traté en lo posible de no incurrir en esas actitudes identificatorias que terminan por identificar al estudiado con quien lo estudia”: y viceversa, agregaría yo, donde se resaltan las cualidades preferidas por uno. El perfil vivencial de Bunge que nos pinta es un retrato de de Imaz: “Fue riguroso y tenaz, se impuso un programa de vida y lo desarrolló; estuvo siempre en disponibilidad para con sus discípulos y sobre todas las cosas fue un inalterable servidor del país. Lo amó a partir de sus raíces, nutriéndolo

se en sus raíces, pero para proyectar su futuro”. Lo aúna con la figura del perito Moreno “que siempre entreví como un ejemplo. Moreno y Bunge, hombres de ciencia, rechazaron la ciencia por la ciencia, de lo que sabían hicieron un acto de servicio” (de Imaz, 1974, p. 549).

Sigamos el ejemplo de todos ellos.

4. Conclusión: los católicos en la sociología

En un homenaje que Universidad Católica Argentina le hizo a de Imaz en el año 2004 (estando él presente) tuve a mi cargo la exposición sobre “Los católicos en la sociología” para terminar de definir este asunto que en su época fue tan debatido. Extraigo algunas afirmaciones: “Nosotros no tenemos una concepción racionalista y científicista de las ciencias sociales, sino una concepción humanista, porque para nosotros lo primero y fundamental son las personas humanas. No creemos que las ciencias sociales, aunque son ciencias positivas, sean del tipo de las ciencias naturales que deban descubrir leyes de comportamiento de pretendidos fenómenos para controlarlos y dominarlos. Creemos que son ciencias de acciones humanas y que toda teorización debe estar al servicio de las personas y de su desarrollo como tales. Felizmente, esto ya lo están sosteniendo economistas prestigiosos como Amartya Sen, Premio Nobel de Economía en 1988”. Y en cuanto a nuestra faceta espiritual en el ejercicio de nuestra vocación científica: “Nuestra liberación no nos va a venir centrándonos exclusivamente en nuestra cabeza forjando teorías, sino complementándolas con nuestro corazón, con nuestro amor por las personas, como pedía San Buenaventura, el Doctor Seráfico. Tal como les dijera a los gnósticos en el Siglo II el Santo Obispo Ireneo de Lyon: “Lo que no se asume, no se redime”. No nos vamos a redimir nosotros ni vamos a redimir a nuestra sociedad teorizando sobre ella”, “Cuando se trata de conciliar, de preocuparse por los demás y de solucionar, allí estaremos los católicos”.

De Imaz personalmente me manifestó efusivamente su solidaridad con estas definiciones.

Referencias bibliográficas

- AA.VV. (1953), *El conocimiento de lo social y otros ensayos*, Editorial Perrot, Buenos Aires.
- AA.VV. (1966), *Del sociólogo y su compromiso*, Ediciones Libera, Buenos Aires.
- Comte, A., Massin, C. (1903), *Correspondence inédite d'Auguste Comte*, Tomo I, Ed. Societé.
- De Imaz, J. L. (1974), "Alejandro E. Bunge, economista y sociólogo (1880-1943)" en *Desarrollo Económico*, n° 55, Vol. 14, Octubre-Diciembre 1974.
- De Imaz, J. L. (2004), "Los que mandan, 40 años después", en *Valores en la sociedad Industrial*, Año XXII, n° 61, pp. 53-59.
- de Pablo, J. C. (2008), *En que anduvieron y en que andan los economistas*, EDUCA, Buenos Aires.
- Donini, A. en Agulla, J. C. (1996) *Ideologías políticas y ciencias sociales. La experiencia del pensamiento social argentino (1955-1995)*. Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires.
- Flyvbjerg, B. (2001), *Making social science matter: Why social sciences fail and how it can succeed again*, 12a. edición, Cambridge University Press, Cambridge.
- Miguens, J. E. (1994), *Política sin pueblo. Platón y la conspiración antidemocrática*, Emecé Editores, Buenos Aires.
- Miguens, J. E. (2004), "El racionalismo argentino opuesto al humanismo y al sentido común" en *Democracia Práctica*, Emece Editores, Buenos Aires.
- Piaget, J. (1977), *Estudios sociológicos*, Ariel, Barcelona.